

"Si vous gagnez, vous gagnez tout; si vous perdez, vous ne perdez rien. Pariez donc qu'il est sans hesiter¹."

Los riesgos de la apuesta: utopías arcádicas y medicina

ESCRIBE

Guillermo Ranea

Por su tesis *Estática y dinámica en la mecánica de Galileo* **Alberto Guillermo Ranea** obtuvo el título de Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido Becario de la Alexander-von-Humboldt-Stiftung (Bonn, RF de Alemania, 1985; 1988-9; 1995). En 1991 recibió la Beca John Simon Guggenheim Foundation (New York, EEUU) por sus investigaciones en el campo de la historia de la ciencia. En 2003 fue elegido por The British Academy of Sciences para una Professorship en el Department of History (Birkbeck College, University of London). Ha sido Profesor Titular Ordinario de la Universidad Nacional de La Plata (Filosofía Moderna) y de la Universidad del Sur (Metafísica), así como investigador del CONICET, del que se retiró en 2003 como Investigador Independiente. En el presente es profesor de Historia de la Ciencia y la Técnica en la Universidad T. Di Tella. Ha publicado trabajos sobre GW Leibniz, R. Descartes, Galileo Galilei, Thomas Hobbes, Denis Papin, Ernst Cassirer, Paul Feyerabend, J. Ortega y Gasset, Leo Tolstoi, entre otros.



La relación entre conocimiento y estado, entre medicina y sociedad coloca sobre el tapete de la reflexión un desajuste entre la ciencia moderna y la democracia. Para Guillermo Ranea destacado pensador argentino en el ámbito de la filosofía de la ciencia, la conexión entre la racionalidad científica y los asuntos humanos requiere de una sociedad madura capaz de aceptar los límites de sus ideales.

Casi treinta años han pasado desde que el filósofo vienes Paul Feyerabend (1924-1994) publicara uno de sus primeros manifiestos anticientíficos como parte de su libro *Science in a Free Society*². Profesor en universidades de gran parte del mundo - entre otras en Bristol, Berkeley, Sussex, Auckland, Londres, Berlín, Yale y finalmente, en la Eidgenössische Technische Hochschule, en Zurich - Feyerabend tiene un puesto destacado e inamovible en la reflexión contemporánea sobre la ciencia gracias al impacto de su ensayo de 1970 *Contra el método*, luego transformado en libro³. En él, Feyerabend rechaza toda concepción normativa que intente imponer a la ciencia rígidas y exclusivas reglas metodológicas. *Todo vale* ("anything goes") es el grito de batalla en la investigación científica: ante un problema a resolver, el científico puede recurrir lícitamente a la estrategia que mejor convenga y le resulte adecuada. Al descartar la posibilidad de la autoridad de un único método en ciencia, Feyerabend subraya el papel que la retórica y trucos dialécticos han tenido en el éxito de las grandes teorías científicas. La ciencia en una sociedad libre es la respuesta de Feyerabend a la virulenta oposición que su ensayo tuvo en los círculos académicos preocupados por la naturaleza e importancia de la ciencia. Producto del movimiento contracultural de finales de la década anterior, el texto incluye punzantes observaciones sobre el papel de la ciencia en el mundo contemporáneo que de inmediato conquistaron adeptos incondicionales y enemigos acérrimos. Lejos de aparecer como el motor del progreso material y moral, el conocimiento científico queda retra-

tado como un peligro mayúsculo para las formas modernas de democracia y libertad. A pesar de los años transcurridos y de las diferentes circunstancias en las que vivimos, vale la pena volver a enfrentar las iconoclastas afirmaciones de Feyerabend en contra de la ciencia actual. El argumento central que defiende en este libro bien podría resumirse con el título de una conferencia que dió en 1975, *Cómo defender a la sociedad de la ciencia*. Mucha ironía hay encerrada en él; tradicionalmente, filósofos y científicos habían sostenido que la *sociedad*, con sus complejas relaciones de intereses y mezquindades, era la enemiga del progreso científico. Feyerabend no duda en invertir provocativamente esta relación. Para ello le quita a la ciencia el cetro que las tradiciones científicas y progresistas le habían ceñido: "*la ciencia es solamente una de las muchas ideologías que mueven a la sociedad y debería ser tratada como tal*". La autoridad suprema que goza la ciencia en la sociedad contemporánea no puede justificarse en términos de superioridad racional. Feyerabend no dudó en escribir que los defensores de la ciencia actual "*actúan como lo hicieron con anterioridad los defensores de la primera y única Iglesia Romana: la doctrina de la Iglesia es verdadera, todo lo demás es pagano o carece de sentido*"⁴. La estrecha asociación entre estado moderno y ciencia sería el sucedáneo perfecto de la anterior simbiosis entre Estado e Iglesia. La autoridad de la ciencia se metamorfosea así bajo la pluma de Feyerabend en vulgar autoritarismo. Si los ciudadanos de una democracia occidental

defienden la tesis del movimiento de la tierra, ello se debe a que sus científicos y profesores de ciencia son copernicanos; no han tenido aquéllos oportunidad de debatir públicamente las ideas de Copérnico acerca de la Tierra, mucho menos de someterlas a votación democrática. Estamos condenados a seguir ciegamente, es decir, de manera dogmática, a los expertos. En ellos debemos confiar y a ellos debemos creer, debido a que no sabemos cómo plantear puntos de vista alternativos. Más aún, ni siquiera podemos pensar que sea posible el desarrollo de dichos puntos de vista. Autoritarismo y fundamentalismo constituirían la granítica mezcla ideológica que da sustento al edificio de la racionalidad científica de nuestros días - es decir, de los de los ya lejanos años de la década del setenta. Con similares argumentos ataca Feyerabend a la medicina, a la que considera como una parte, una versión de la ciencia. *"El poder ejercido por la profesión médica sobre cada etapa de nuestras vidas supera ya el poder que antaño detentara la Iglesia"*⁵. Su autoridad - como la de la ciencia - no emanaría de los resultados de la investigación ni del éxito de la práctica médica sino del vínculo autoritario con el estado: *"preguntemos a un miembro de la American Medical Association si permitiría que hubiera curanderos dentro de los hospitales estatales"*⁶. Completando el paralelo con la ciencia, también en el caso de la medicina se queja Feyerabend porque no se le ha permitido al ciudadano de las democracias someter a votación si quiere medicina científica o algunas de las llamadas medicinas alternativas. El remedio que propusiera Feyerabend tanto para la infección autoritaria de la ciencia como de la medicina deriva exclusivamente de su visión de lo que en la actualidad se llamaría "multicultu-

ralismo". No se trata, sin embargo, de que diferentes culturas convivan dentro del marco de tolerancia que una de ellas les permite; es decir, no se trata de aceptar un poco de homeopatía o acupuntura en el contexto del predominio de la medicina científica. Feyerabend quiere que el estado rompa el vínculo con ésta y permita que los ciudadanos de la sociedad libre puedan elegir entre alternativas presentadas en pie de igualdad. Como ejemplo propone el caso de la medicina en China, en la que - siempre según con Feyerabend - a partir aproximadamente de 1954 se habría restablecido la libre compe-



tencia entre ciencia y medicina tradicional en los hospitales: *"se descubrió entonces que esta última disponía de métodos de diagnóstico y terapia superiores a los de la medicina científica occidental"*⁷. Hablar de libre competencia en la China de los años cincuenta suena extraño y a la vez atractivo. El argumento de Feyerabend carga con algunas exageraciones que ocultan sus bondades y subrayan sus falencias. Feyerabend no diferencia entre imperialismo político occidental, ciencia y medicina moderna, dogmatismo y fe: son todas expresiones

de la misma realidad, cabezas de la misma hidra que hay que aniquilar simultáneamente antes de que nos reduzcan a la nada. Feyerabend, con enajenamientos de exageración típicos de aquellos años, no se detiene en matices. Blanco y negro, pero sin grises tal es el cuadro de la realidad que nos pinta. Si la medicina científica hace daños irreversibles, si la ciencia moderna nos llevó a Hiroshima, el Hércules vienés está pronto a evitar la resurrección nefasta de la Hidra de la racionalidad. Muchos años después hemos aprendido a convivir con la madura aceptación de los límites de los ideales: ni muerte ni vida eterna

para las utopías. El siglo XVII nos ha dado lección sobre ellas. Si Barataria es ínsula de utopía, Sancho se aleja de ella en pos de su "antigua libertad"; y aunque la isla de Capharsalama no sea muy apetecible a nuestros ojos, sin ella, o sin la Macaria de Gabriel Plattes, nuestras perspectivas actuales de una mejor vida en vida, habrían sido con toda certeza mucho más débiles⁸. Las promesas ambientalistas del regreso a estados arcádicos del pasado - que tal vez nunca hayan existido - o los deseos igualitarios de salvación milenaristas

para todos los seres humanos no se fundamentan en la posibilidad de su feliz realización. Su magnetismo estriba en la puerta que abren para huir del presente de asfixia que suele atraparnos. La sociedad libre feyerabendiana en la que habríamos aprendido a defendernos de la ciencia y de la medicina científica no es utopía sino la alternativa teórica que nos permite cobrar conciencia de los males que nos causa la cruda realidad. No interesa su realización pero es importante porque ayuda a que veamos los límites y deficiencias de lo que se nos pinta como perfecto y preferible. Es un tono de gris entre el extremo de una realidad promovida como inevitable y preferible y el de una ensoñación idílica de promesas edénicas. Sin embargo, el texto de Feyerabend induce a la interpretación extremista. Si la sociedad libre y democrática es incompatible con la ciencia moderna, acabar con la autoridad política del experto en ciencia y en medicina es el camino único hacia la liberación. Sin quererlo, Feyerabend resulta una más de las víctimas de los atavismos culturales que arrastramos sin saber y que han acompañado la vida de la ciencia moderna desde sus orígenes. Mitos apocalípticos de destrucción final y renacimiento de una humanidad purificada, historias de sabios solitarios que en su resentimiento con la sociedad desarrollan poderosas armas de destrucción masiva, utopías de "ciudades blancas" sin enfermedades ni contaminaciones, son anteriores a cualquier conocimiento científico acerca de la radiactividad o de los efectos de la industrialización sobre la atmósfera terrestre. Su origen está en otros temores más antiguos. Sin embargo, el culto al presente absoluto que nada debe al pasado retrógrado nos hace creer que esos mitos son en verdad pro-

ducto exclusivo de la realidad que nos atenaza y oprime en el día de hoy. La polarización resultante entre realidad y utopía resulta devastadora. Feyerabend cree que el fracaso de la medicina actual en el diagnóstico y tratamiento de ciertas enfermedades es suficiente argumento para que descreamos de ella por completo y la abandonemos a favor de alternativas terapéuticas. Su propia experiencia con la enfermedad para la que un curandero encontró la cura que los médicos no hallaban, fue motivo suficiente para justificar su prédica tenaz en contra de la medicina científica y a favor de tratamientos alternativos. La racionalidad de su argumentación, el criterio de su elección es el de "todo o nada", "blanco o negro", como si no hubiera estados intermedios. Si los tratamientos médicos resultan a veces agresivos o perjudiciales, como de hecho lo son, ello no sería un fenómeno aislado: la medicina científica toda sería responsable de que en algunas oportunidades quedemos a merced del autoritarismo del experto y de sus aliados en el estado y en las empresas. El argumento de Feyerabend es correcto pero con limitaciones. Comete el error de interpretar literalmente la letra de la utopía; no ha tomado en cuenta que de ella también hay que huir si queremos volver a nuestra libertad como lo manifestara Sancho Panza. ¿Por qué huir de ellas? Porque nos llenan de angustiosos deseos por lo que ya no es. Es difícil aceptar que las sociedades juegan grandes apuestas cuando deciden tomar ciertas decisiones. A pesar de la interpretación que Feyerabend hace del origen de la ciencia en el siglo XVII - interpretación en la que subraya el autoritarismo de Newton o las picardías retóricas de Galileo - olvida que la sociedad europea de entonces apostó a la ciencia moderna para liberarse de la ignorancia y la vana

superstición de magos y charlatanes. Fue una apuesta, y como tal, llena de riesgos, como los que encendidas utopías como la de la sociedad libre de Feyerabend nos ayudan a reconocer y a corregir - aunque sea a través de arduas y difíciles luchas civiles - antes de que sea muy tarde. No creo sin embargo que por ello debamos abandonar la partida: "*pero hay que apostar; no es voluntario*"¹⁹. Cualquier nueva apuesta que se haga acarreará nuevos riesgos; la apuesta asegurada, la certeza del retorno al Edén no es posible en las salas de juego en las que cotidianamente tenemos que vivir. Pero de esos nuevos riesgos ningún Feyerabend del mundo querría - ni podría - hablar.

1. Blaise Pascal, *Pensées de M. Pascal sur la religion et sur quelques autres sujets*, Paris, chez Guillaume Desprez, 1670, p. 56.
2. London: New Left Books, 1978. Versión castellana, *La ciencia en una sociedad libre*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1982.
3. *Against Method*, London: New Left Books, 1975.
4. *La ciencia en una sociedad libre*, p. 83.
5. *La ciencia en una sociedad libre*, p. 84.
6. *La ciencia en una sociedad libre*, p. 86.
7. *La ciencia en una sociedad libre*, p. 119.
8. La isla de Capharsalama aparece en *Christianopolis* (Estrasburgo: Zetzner, 1619) de Johann Valentin Andreae; del Reino de Macaria sabemos gracias a la edición de Samuel Hartlib del texto homónimo de Gabriel Plattes, *A description of the famous kingdom of Macaria*, 1641. La *Insula Barataria* es tema de la Segunda Parte del *Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes.
9. Blaise Pascal, *Pensées*, 1670, p. 55.